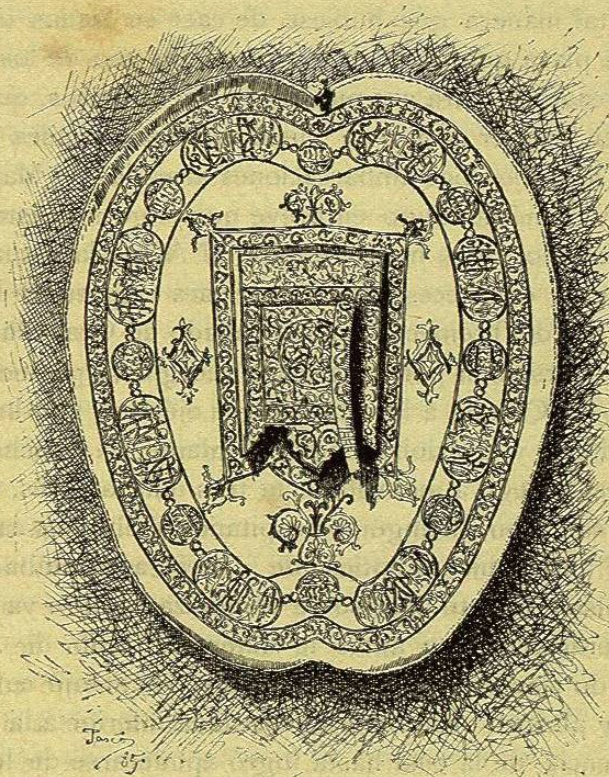


acá la maldición del cielo. Para una simple guerra de algarada ¿se habían de poner en movimiento dos naciones y fatigar el suelo granadino con el paso siempre asolador de tantas tropas extranjeras?

Retiróse Mohamed á Granada después de estas luchas, deseoso menos de otras guerras que de aprovechar la tregua para robustecer el gobierno, mejorar la suerte de sus pueblos y continuar hermoseando esa ciudad de Granada que ya á la sazón parecía brotar sobre sus hermosas colinas de entre frondosas alamedas y olorosas flores. Hizo proseguir la construcción de la Alhambra, á cuyo cuerpo añadió dos alas que han hecho desaparecer ya el descuido y la ignorancia; procuró hacer de su corte un emporio del comercio; y, deseoso de convertirla á la vez en depósito del saber humano, cultivó en medio de sus tareas la elocuencia y la poesía, abrió su alcázar á todos los hombres aventajados en ciencias y en literatura, y reunió en breve á los mejores filósofos, poetas, médicos y astrónomos, no sólo de su nación, sino también de las naciones africanas. Estaba aún poseído del espíritu de su padre, y no perdonaba medio para hacer florecer en los ámbitos de su reducida monarquía todas las artes que directa ó indirectamente podían contribuir á la felicidad de los súbditos.

Siguió dedicándose así á los cuidados del gobierno, aún después de los dos años de tregua. Á pesar de la vuelta de Yakub á España en el verano de 676 (Julio de 1277), permaneció impasible y no se incorporó con él hasta que, derrotado Alfonso junto á Sevilla, taladas las cercanías de Jerez y ganada por asalto Alcalá de Guadaira, fué llamado á tomar parte en la guerra y asistió al largo sitio de Córdoba, en que no pudieron hacer más que pasar á fuego y sangre la campiña. Vió luégo imposible apoderarse de aquella ciudad de los califas, que recordaba, aun en medio de su degeneración, el brillante poder de los Abd-el-rhmanes: levantó el sitio, taló con el emir africano toda la tierra que media entre ella y Jaén, se hizo dueño de

Hisn-ben-Yeschir, y fué tal el desaliento que logró introducir en los cristianos, que, no encontrando Alfonso medio de salvación sino en la paz, la solicitó por medio de una embajada de clérigos y monjes. Recibió á los embajadores después de haberlos



ADARGA ÁRABE

despedido Yakub, que alegó no debían entenderse con él por ser un simple auxiliar del rey de Granada; les hizo jurar sobre la cruz la paz que pedían, y firmó á continuación un tratado que ratificó el vencedor emir de Marruecos á fines del mes de Ramadán de 676 (Febrero de 1278).

Mohamed, sin embargo, gozó también muy poco de los be-

neficios de esta segunda campaña. Al ver que en el mismo año de 1278, deseando Alfonso reparar el honor de sus banderas, había caído sobre Algeciras con todo su ejército y su armada en ocasión en que los aguaceros y los huracanes impedían el paso del Estrecho; á pesar de sentirse sin fuerzas contra tanto poder, sintió de tal manera que hubiese de caer en manos de su enemigo una plaza que, aunque no suya, era uno de los mejores desembarcaderos para sus auxiliares los africanos, que apenas supo ya en Tánger al hijo de Yusuf con una escuadra de sesenta naves, le envió doce embarcaciones armadas en Málaga, Almuñecar y Almería. Supo en breve que Algeciras estaba ya libre de cristianos, y se había retirado al África la escuadra marroquí, de la que necesitaba Yusuf para emprender la guerra contra el rey de Tremecén, nuevo aliado de Granada; mas no queriendo darse aún por satisfecho, recogió su pequeña escuadra, entró en Castilla á la cabeza de su ejército, taló los alrededores de Écija y Córdoba, cogió al infante D. Sancho en una emboscada, y llegó á matarle hasta tres mil hombres, entre los cuales se contaron distinguidos capitanes é ilustres caballeros. Recibió al año siguiente noticia de que se adelantaba hacia su reino el mismo infante ansioso de venganza; y libre ya de todas las consideraciones que antes le detenían, salió de Granada acaudillando cincuenta mil combatientes, se arrojó con ímpetu sobre él, y alcanzó otra victoria, en nada inferior á la primera, á consecuencia de la cual hasta logró apoderarse de los reales enemigos.

Tan sangrientas batallas no impidieron, sin embargo, que Mohamed se hiciese aliado de ese mismo infante, cuando poco después estalló una guerra escandalosa entre éste y su padre el rey Alfonso. Ayudólo con todo el poder de sus armas al verle sitiado en Córdoba por las tropas de Castilla y África; y no contento con hacer levantar el cerco, persiguió á los cristianos hasta que logró derrotarlos en Úbeda con la flor de su caballería. Salió nuevamente de Granada apenas le vió vencido por los

ejércitos reunidos de Abu Yusuf y el walí de Málaga, que acababan de hacerse aliados del rey Alfonso; dirigióse sin temor contra tan poderosos enemigos, y como si estuviese seguro del triunfo, procuró, aunque sin éxito, empeñarlos en una batalla decisiva. No pudo trabar con ellos sino continuas escaramuzas; pero aun así favoreció mucho la causa de D. Sancho. Mal interpretadas por los castellanos esa falta de energía de Yusuf y la blandura con que trataba á los pueblos granadinos, logró, si no romper, cuando menos entibiar las amistosas relaciones entre Alfonso y el africano, y dió lugar al infante para que se repusiera de su derrota, y á Yusuf motivo para que se retirase á Algeciras y de allí á Marruecos.

Muerto á poco Alfonso, en el trono Sancho, y concluidas las guerras civiles de Castilla, creyó Mohamed llegada la hora de volver á dejar tranquila por algún tiempo la espada y pensar en los negocios interiores de su reino; pero no tardó en verse amenazado de nuevas y más terribles guerras que, á haberse empezado, hubieran tal vez destruído su monarquía. Al tiempo que mandó una embajada á Sancho felicitándole por su advenimiento al trono, envió Yusuf á éste al arráz Abdelhac para que le ofreciese en su nombre continuar con él la alianza que había tenido con el rey difunto. Contestó Sancho tan desabridamente al arráz, que irritado el marroquí, entró de repente en España, corrió y taló á Sidonia, Alcalá y Jerez como si fuera el mismo genio de la tormenta, y no retrocedió hasta que algo satisfecho su encono y viendo cerca de sí á su enemigo con poderoso ejército, se replegó á Algeciras. No intentó ya Yusuf abrir otra campaña contra los de Castilla. Recordando la enemistad del rey de Granada, ardía en tan vivos deseos de vengarla, que habría invadido ya entonces las fronteras á no haberle detenido su hijo Yakub, á cuya instancia, probablemente, convocó á vistas á Mohamed y á los walíes de Málaga, Guadix y Comares, que abierta ó descubiertamente siguieron siempre tenaces en su rebeldía. Acudió Mohamed al punto á la ciudad de Algeciras,

deseoso como el que más de poner término á las pasadas discordias y obtener la paz aunque fuese á costa de grandes sacrificios; mas por mucho que habló Yakub en la conferencia que tuvieron invitantes é invitados, no pudo lograr ninguna avenencia por la terquedad de los walíes, que, según dijeron, no habían ido allí para abjurar sus derechos y sujetarse al rey de Granada, sino para tratar con él de una concordia que pudiera ser ventajosa á los intereses de todos y especialmente á los del islamismo. Despidiéronse todos más despechados y enemigos que antes, como quizá deseaba en su interior Yusuf, que no aspirando más que á la ruina de unos y otros, se fué como aliado con el walí de Málaga y le despojó á poco del reino, dándole en cambio Cartama y otras posesiones en Marruecos.

Mohamed, que había salido ya muy disgustado de la conferencia de Algeciras, se afectó en extremo al saber este último suceso. Conoció lo difícil de su posición, y no se aventuró aún á promover la guerra, ni á concebir esperanzas de mejor suerte hasta que, muerto Yusuf, subió al trono de Marruecos aquel bondadoso y magnánimo Yakub, que tanto deseaba la concordia de todos los muzlimes. Apenas supo que Yakub, ya proclamado rey, había desembarcado de nuevo en España, salió de Granada para visitarle, se adelantó hasta Mirtola, y, después de haberle felicitado, le pidió cuán encarecidamente pudo que bajo ningún pretexto ofreciese su generosa mano á los walíes. Alcanzólo y volvió á su corte con ánimo de emplear por de pronto todos los medios pacíficos para reducir á su obediencia á los rebeldes; pero como no pudiera ver sin sentimiento ni sin temor la ciudad de Málaga en manos de reyes tan poderosos como los del África, y creyera por otra parte imposible que Yakub quisiese en ningún tiempo restituírsela, tenía tan fija la atención en ella, que dejando á un lado todas las consideraciones de amistad y los resultados funestos que podía tener su proyecto, se dirigió al walí que la gobernaba y no paró hasta que le hizo dejar el waliato por la tenencia en propiedad del castillo y ciu-

dad de Salobreña. Creyó y no infundadamente que Yakub había de venir á España al recibir la noticia de tan inesperado acontecimiento: envió al alcaide de Andarax á negociar por él con el rey Sancho, obtuvo tropas y cuantos auxilios necesitaba, púsose en pié de guerra, y no bien supo que estaba sitiada Béjar por los africanos, salió para esta ciudad con tal energía y tan numeroso ejército, que obligó á Yakub á que se embarcara precipitadamente para Tánger. Logró así salvarse de la venganza del marroquí sin derramar una gota de sangre, pero irritó mucho con esta humillación á Yakub, y tal vez habría debido sucumbir más tarde, si la armada de Castilla no hubiese pegado fuego á las naves que había en Tánger al tiempo de ir Yakub á embarcarse para la Península con doce mil caballos.

Libre Mohamed de los africanos, ya por sus propios esfuerzos, ya por los de Castilla, que les tomó á Tarifa y les derrotó poco después frente los muros de esta plaza, cuando más parecía tener segura la paz, provocó por no querer combatir á los walíes, una guerra peligrosísima que supo no obstante proseguir con valor y no dejó hasta la muerte. Pidió Tarifa á Sancho so pretexto de que le había sido usurpada por los africanos; y como recibiese por toda contestación que si debía darse valor á derechos antiguos, se podía reclamar de él todo el reino de Granada, lleno de cólera ó quizá deseoso de ensanchar sus estados, mandó al frontero de Vega que penetrase en Murcia, y á los que lindaban con el reino de Jaén que entrasen á fuerza de armas en tierra de cristianos. Enfureció con estas algaradas á D. Sancho, que, puesto á la cabeza de numeroso ejército, tomó en breve tiempo á Quesada y Alcaudete pasándolo todo á fuego y sangre; pero recobró estas plazas luégo de muerto Sancho, que falleció inmediatamente después de esta rápida campaña. Partió á la frontera al frente de su caballería, empezó una guerra de talas continuas é incesantes luchas, y á mediados del 697 se apoderó de Quesada, que pobló de muzlimes y gente de Alhama, puso cerco á Alcaudete, derribó los

muros, la entró por asalto, acometió y venció el alcázar, y consiguió uno de los mayores triunfos de su reinado.

Recibió en este tiempo de Yakub por cierta cantidad de mitkales de oro la ciudad de Algeciras, de que pensó deshacerse el africano con el objeto de no volver á España; y con esto acabó de ganar tal prepotencia, que pudo al fin obligar á los walíes á doblar bajo sus soberanas leyes la cabeza. Favorecido de este modo por la suerte, volvió á pensar al punto en el recobro de Tarifa, dirigióse al príncipe Enrique, que gobernó las fuerzas de Castilla durante la menor edad del sucesor é hijo de D. Sancho, y ofrecióle veinte mil doblas de oro por ella y algunos castillos de la frontera; y al saber que, si bien convenía en ello el príncipe, se negaban á sus deseos los ministros de la reina gobernadora y el alcaide de la ciudad, cuya restitución pretendía, no vaciló en dejarse caer sobre ella después de haber derrotado en una batalla al mismo Enrique y á Guzmán el Bueno. Combatió á Tarifa con todo género de máquinas de guerra; pero no logró ganarla. Pasó lleno de despecho á Jaén, que cercó también sin fruto, pasó á Baeza, cuyos arrabales entregó á las llamas, pasó á Velmar y logró apoderarse por fin de esta importante fortaleza. Rebosaba aún de brío á pesar de ser anciano; y como viese apagada por una parte en lo interior de su reino la discordia y sumergida por otra Castilla en el cieno de las pasiones y las revueltas, creía llegada la hora de obrar rompiendo por todos los obstáculos que se oponían al progreso de sus armas.

No respeta, sin embargo, la muerte los altos pensamientos ni la vida de los héroes. Poco después de tan gloriosos hechos estaba Mohamed en oración, cuando bañadas de repente sus mejillas en copiosas lágrimas exhaló su último suspiro. Murió el domingo 7 de Jabán del año 671 (9 de Abril de 1302) no menos llorado ni con menos razón por todos los buenos ciudadanos que su antecesor el Ahmar, el fundador del reino (1).

(1) «Fué enterrado, dice Conde, en sepultura aparte del cementerio de sus mayores en la parte oriental de la gran mezquita, en las huertas contiguas á las

Fué también, como manifiestan los hechos referidos, un gran príncipe: supo estimar siempre en su justo valor todas las circunstancias, aprovecharlas y llevar casi incólume la nave del Estado entre contrarios vientos y recias tempestades. Cercado por todas partes de peligros, supo arrostrarlos y vencerlos, acabó las guerras interiores, y como si esto no bastase para lustre de su reinado, entró en tierra de cristianos con gloria de sus armas. De dos ciudades que dió apenas hubo subido al trono, rescató al fin la una; y ¿quién sabe si hubiera logrado algo más tarde el recobro de Tarifa á no detenerle la muerte en su marcha vencedora? Hemos visto ya los esfuerzos que hizo para unir de nuevo esta ciudad al reino: rompió á poco con los generales de D.^a María de Molina, que gobernaba á Castilla durante la menor edad de D. Fernando, y se presentó por fin él mismo frente los muros de la apetecida plaza. No se podía exigir más de él: á pesar de los rudos tiempos que le tocaron, dejó el reino como no lo pudo dejar ninguno de sus sucesores; lo dejó en paz, casi íntegro, próspero y temido.

No fué de mucho tan afortunado su hijo Mohamed-Abu-Abdala á pesar de las brillantes dotes que también tenía. Abu-

casas que edificó su nieto descendiente, el sultán Abul-Walid, y después le dejó en ruinas el más generoso de su estirpe, el sultán Amir de los Muzlimes Abul-Hegiag, hijo de su hija: Dios los haya á todos en su misericordia y en su gracia amplísima con felicidad de sus descendientes. Dejó el rey Muhamad tres hijos: el sucesor y socio de su imperio, de que hablaremos á honra de Dios; Ferag, el que conspiró contra la vida de su hermano, y Naser el Amir después de su hermano, depuesto por el mismo. Su principal Wazir ya se ha dicho que fué Abu-Sultan-Azir-ben-Ali-ben-Abdelmenam de Denia. Sus catebes y secretarios los de su padre y los hijos de aquellos Abu-Becar-ben-Juzef de Loja el-Yahsabi, después los otros dos hermanos Abu-Ali-Alhasen y Abu-Ali-Husein, hijos de Muhamad-ben-Juzef de Loja, que sucesivamente le sirvieron: ambos eran de mucha erudición y de excelentes prendas.» Sigue el mismo autor dando noticia de otros muchos catebes y del cadí de los cadíes Abu-Abdala-Muhamad-ben-Hiscen. Casiri habla, además, de los jueces que hubo durante su reinado, y hace especial mención de Abu-Baker-Mohamed-ben-Phath-ben-Ali vulgo Alaschbaroni, natural de Sevilla. Is, continúa, morum jam Censor ita ad omnes casus erat paratus, ut quum militem quemdam in foro ebrium simulque insolentius in populum circumfusum inuentem offendisset, ipse unus accurrerit mox in illum arreptum captumque severissime animadverterit (CONDE, par. 4. cap. 13.: CASSIRI, *Bibl. arab. hisp. esc.* t. 2.^o).